



Vista del proceso celebrado en Atenas contra veintitún antiguos oficiales del Ejército griego considerados responsables del fallido golpe de Estado de febrero de 1975.

## GRECIA

### Muchos siguen en sus puestos

● Transcurrido un año desde la caída de la dictadura militar, el gobierno de Caramanlis no ha ajustado todavía cuentas con los coroneles y el sistema policiaco del antiguo régimen no ha sido desmantelado. ¿Por qué? Esta es la pregunta que trata de contestar el escritor más leído de Grecia, Antonis Samarakis, cuyas obras han sido traducidas a veinticinco idiomas.

Ha pasado ya un año. El 23 de julio, Grecia festejó el primer aniversario de la caída de los coroneles. Aniversario tanto más importante cuanto que el 21 de julio marcó el comienzo de una serie de procesos: en primer lugar, un juicio militar contra cierto número de responsables del golpe de Estado fallido del 24 de febrero de 1975, complot teledirigido por Papadopoulos desde su exilio en la isla de Kea. El 28 de julio se inició, asimismo, el juicio de los principales responsables del golpe de Estado del 21 de abril de 1967: Papadopoulos, Patakis, Makaresos, etcétera.

En cuanto al asunto de Chipre, es decir, el putsch de Nicosia del 15 de julio de 1974, cuyo máximo responsable fue Ioannides, se sabe que la vista del juicio será aplazada. No se trata de una casualidad: es evidente que el poder duda en aclarar una serie de hechos por cuanto simultáneamente se descubriría el grado de implicación de Washington en los acontecimientos griegos.

Sea como fuere, lo cierto es que estos procesos plantean una cuestión capital para Grecia: ¿qué se ha hecho de su tradición democrática? Efectivamente, si es cierto que la Grecia antigua inventó la democracia, lo menos que se puede decir es que desde hace ciento cincuenta años, la Grecia moderna no ha hecho mucho uso de ella y que hoy pasan en este país cosas muy curiosas que obligan a intentar resolver un difícil problema: el de la depuración.

Hablar de depuración es algo que siempre repugna, así que entiéndase bien: no se trata de venganza, sino de un problema político. No se trata de ajustar cuentas, sino de saber si los colaboradores de los coroneles, los encarnizados ad-

versarios de la democracia o sencillamente los odiosos torturadores podrán no sólo salir del aprieto en que se encuentran actualmente, sino llegar a impedir todo progreso en el país. Porque, hay que decirlo, la máquina del Estado está podrida. Y si, de hecho, los jefes más destacados, los «colaboradores» más notorios han sido eliminados, los otros siguen ahí. Para empezar, en las filas de la policía. Permisaseme empezar por este cuerpo. No me propongo elaborar complicados análisis, sino que me limitaré a dar ejemplos concretos que den cuenta de la situación. En primer lugar, una foto, publicada en toda la prensa griega. La de la detención del general Angelis, jefe del Estado Mayor de los Ejércitos y vicepresidente de la República bajo Papadopoulos. Pues bien, el hombre que ha acudido a arrestarlo y que le invita sonriente a subir a un automóvil negro oficial es uno de los principales torturadores del anterior régimen, que, a pesar de haber sido señalado como tal, continúa en su puesto.

Otro ejemplo más «ordinario», en el sentido (en que se habla de «fascismo ordinario»). Se me había invitado a hablar en una ciudad media de Macedonia. En mi charla recordé a mis oyentes la historia de un librero de la ciudad (los coroneles no simpatizaban demasiado con los libreros) que durante años, antes de sufrir deportación, había tenido que soportar la continua presencia de un policía encargado de seguirle a todas partes como si fuera su sombra. En aquel momento se levantó un joven de entre los asistentes y exclamó: «Yo soy ese librero del que usted habla. Y aquel hombre al que ve sentado debajo del tablero, lápiz en mano, es mi policía». Emoción general. El policía empalidece, se guarda el lápiz y abandona la sala. También aquel policía seguía en su puesto. El incidente a que me refiero ocurrió el 5 de abril de 1975.

Y no hablemos ya de la sospechosa benevolencia que muestra la policía en relación con las bandas neofascistas de la Nea-Taxis (Orden nuevo), que se manifiestan im-

punemente, atacan las librerías, pintan cruces gamadas en las paredes y amenazan a los diputados enviándoles balas y excrementos dentro de sobres.

Me gustaría saber qué ha sido de la tristemente famosa ESA, policía militar que estuvo torturando durante años y en comparación con la cual la Gestapo parece casi inocente (sé perfectamente de qué hablo: como resistente, fui condenado a muerte por la Gestapo). Me gustaría saber también lo que hace la policía secreta (principal instrumento de lo que yo calificaba de continuidad antidemocrática de Grecia), que estaba ya ahí antes de la llegada de los coroneles y que debe de seguir en su puesto.

Otro tanto ocurre con la justicia, según puede verse por el siguiente ejemplo. En el proceso reciente de uno de los coroneles, Balopoulos, ex ministro de Comercio, ocurrió algo sorprendente. Balopoulos había dirigido primero el turismo griego (cargo en el que había demostrado una innegable propensión a aceptar propinas), luego, como ministro de Comercio había «remediado» una grave crisis de suministro de carne organizando (en colaboración, como por casualidad, con unos tipos sudafricanos) un tráfico de carne podrida, que les fue ofrecida a los griegos durante meses enteros. Como en una obra de Brecht, Balopoulos fue condenado a unos años de cárcel, pero presentó recurso de alzada. Cuando se revisó su caso, el fiscal se convirtió extrañamente en abogado de la defensa. Los coroneles, dijo en sustancia, no habían dado un golpe de Estado, sino que habían hecho una revolución; su régimen podía calificarse de cualquier cosa menos de dictadura; era un honor haber servido de ministro, etcétera.

He aquí un ejemplo elocuente que no está mal recordar en estos momentos en que se inician nuevos procesos. La policía, la justicia, la administración, la Iglesia, el cuerpo diplomático (en cuyo seno han figurado los más ardientes propagandistas del régimen), en una palabra, todos los aparatos del Estado siguen siendo instrumentos de la dictadura. Voy a ofrecer otros dos ejemplos relacionados con la enseñanza primaria: el pasado abril, un maestro de escuela fue sancionado por las autoridades universi-

tarias por haber recordado a sus alumnos la fecha del «aniversario negro» (como se dice en Grecia) del 21 de abril de 1967. Aquello era hacer política. Otro maestro hizo una huelga de hambre para protestar contra la presencia en su escuela de un inspector que había apoyado abiertamente a la dictadura.

Aún más grave es la situación en la enseñanza superior. Con pocas excepciones, el cuerpo docente de las facultades colaboró con los coroneles. Cuando digo «colaboró» estoy utilizando un eufemismo. El cuerpo docente se postuló ante los coroneles, se convirtió en su perro guardián y se dejó injuriar por la policía. Denunció sistemáticamente a los estudiantes ante la policía; a los estudiantes, que fueron la punta de lanza de la resistencia. ¿Se acuerda usted de la Escuela Politécnica? Hoy todos a que ellos profesores de manos sucias siguen allí, excepto algunos que no se atreven a mostrarse ante sus alumnos.

Los estudiantes realizaron un enorme trabajo de investigación. Reunieron documentos, pruebas y testimonios sobre el periodo de la dictadura. Confeccionaron «libros blancos» que entregaron después al Ministerio de Educación. ¿Qué cree usted que pasó? ¿Los «dossiers» se perdieron y con ellos todos los documentos originales?

Dire, para terminar, que no existe hoy en Grecia una voluntad política real de democratizar el Estado. Casi siempre la lucha ha sido llevada a cabo por grupos o individuos, como el abogado Alexandros Lykourezos, quien incansablemente, aunque en vano, ha presentado querrela tras querrela contra los criminales del anterior régimen que siguen en sus puestos.

A un año de distancia de la caída de los coroneles, las «vacilaciones» del gobierno en este sector no son simplemente prudencia. Mientras persistan estos «bloques», de los que no he dado más que unos pocos ejemplos entre cientos, no habrá vida democrática posible, no progresará la vida democrática y ahí es donde radica la apuesta. Cuando escucho a Vassos Vassiliu, uno de los hombres de confianza de Caramanlis, explicar friamente, y como si se tratase de una evidencia, que la policía es uno de los fundamentos del Estado (es decir, que el Estado es, por esencia, policiaco), me siento preocupado.

Y confieso que frente al endurecimiento de las presuntas democracias, frente a la fascistización ordinaria y al papel que juega por todas partes la policía, cuando veo perros policía en las fábricas, cuando me hablan de escuchas telefónicas, cuando veo cómo en Francia se suspende misteriosamente un debate en torno a la policía, que debía celebrarse en una emisora de radio periférica a propósito de mi novela «La Faille», se me ocurre que Grecia no lleva tal vez retraso respecto de otras democracias (burguesas), sino que marcha por delante y que muy bien podría servir de modelo a las democracias fuertes de derechas por venir. ■ **Declaraciones recogidas por JEAN-FRANÇOIS PEYRET.**